

6

EL CINE Y EL MAR

**D. Eduardo Torres-Dulce Lifante**

*Fiscal de Sala del Tribunal Supremo*



## **D. Eduardo Torres-Dulce Lifante**

*Fiscal de Sala del Tribunal Supremo  
Crítico de cine*

Nace en Madrid el 14 de mayo de 1950.

Ingresó por oposición en la Escuela Judicial en mayo de 1975. Tras cursar el pertinente período de estudios y prácticas optó por la Carrera Fiscal en el mes de mayo de 1976.

Ha sido Fiscal en las Fiscalías de Sevilla, Teniente Fiscal en la de Guadalajara, y Fiscal en Madrid. Desde 1985 estuvo destinado con Fiscal en la Fiscalía ante el Tribunal Constitucional. En octubre de 1996 fue ascendido a la categoría de Fiscal de Sala del Tribunal Supremo y nombrado fiscal de Sala Jefe de la Secretaría Técnica de la Fiscalía General del Estado. EN marzo de 2000 fue nombrado Fiscal de Sala Jefe de la Sección de lo Penal del Tribunal Supremo, hasta junio de 2005. En la actualidad es Fiscal de Sala adscrito a la Fiscalía ante el Tribunal Constitucional.

En enero de 2010 ha sido elegido Vocal del Consejo Fiscal, en la candidatura de la Asociación de Fiscales.

En temas relacionados con el cine ha colaborado como crítico, entre otras, en la revista Nuestro Tiempo, Nueva Lente, Contracampo, Gaceta Universitaria, Barrio de Chamberí, Barrio de Salamanca, El Semanal, Telva, en el Diario El Mundo, Cínerama, en Onda Cero (A toda Radio) y en el Programa La Mañana de Luis Herrero en la Cadena COPE, Época y Radio Círculo. Colaborador en el programa Cowboys de Medianoche, primero en la Cadena COPE y en la actualidad en Esradio.

Actualmente ejerce como crítico en el diario Expansión.

Formó parte del Consejo de Redacción de la Revista Nickel Odeon, en la que colaboró regularmente. También colaboró en el Programa de TVE ¡Qué grande es el Cine!

Colabora habitualmente en los suplementos culturales de los diarios El Mundo y ABC.

Ha dirigido el Cine Forum Maravillas, el Video Forum de ICADE y actualmente dirige el Video Forum del Club Zayas.

Ha formado parte de los Consejos Asesores de los aspectos cinematográficos de las Sociedades Estatales para la Expo Lisboa 98; la del Nuevo Milenio.

Es coautor del libro "Abogados de Cine" (Ed. Castalia), "Las Generaciones del Cine Español" (Nuevo Milenio) y "Clásicos y Modernos del Cine Español" (Expo Lisboa 98), y La Jauría Humana (Ed. Gedisa).

Autor del libro "Armas, mujeres y relojes suizos" con prólogo de Guillermo Cabrera Infante. Editorial Nickel Odeon; reeditado y puesto al día por la Editorial Notorious.

## 6 • EL CINE Y EL MAR

**D. Eduardo Torres-Dulce Lifante**

*Fiscal de Sala del Tribunal Supremo*

Al final de *El Mundo en sus manos* un veterano capitán, el Hombre de Boston, encarnado en Gregory Peck sujeta con fuerza el timón de su goleta, disculpen si el término está técnicamente mal empleado pero me encanta amén de que creo que es el que utilizan los personajes, a la vez que tiene entre sus brazos a la mujer que ama, Ann Blyth. Sopla el viento con fuerza y el barco atraviesa elegantemente el oleaje de la costa Oeste de América del Norte. Ha vencido en una inolvidable carrera a su archienemigo un fanfarrón portugués embarcado en el cuerpo de Anthony Quinn, en el comercio de la caza de focas; en el cine clásico eso no era política ni peligrosamente incorrecto ni antiecológico. Y como en la canción pirata de Espronceda, es su barco su tesoro, es su Dios la libertad y por eso y con la mujer que ama entre sus brazos tiene el mundo en sus manos.

Esa hermosa película que dirigiera Raoul Walsh, física, optimista, vitalista, representa bien la idea del mar en el cine, al menos en el cine clásico, un mar en technicolor poblado de aventuras, héroes de una pieza, vidas a la deriva, bucaneros y marinos, pesca y libertad. Claro que pocos años más tarde el cine, finales de los 50, se ponía más serio y de la mano de Hemingway, honrado con el premio Nobel, se adentraba en el mar cubano, de Cojímar, no lejos de la Finca Vigía, y John Sturges rodaba aseada pero rondando con la monotonía *El Viejo y el Mar*, que debería haber sido más que un homenaje literario, una película, como el relato, lleno de soledad y desafío, de cobardía y espera, de Ernesto, el tipo capaz de pegarse un tiro cuando nada tenía sentido, ni siquiera la muerte, en su vida. Spencer Tracy, arrugas en su piel de mil farras y malhumores, tampoco era, siendo un actor de primera, el personaje empapado de cerveza, mojitos, daiquirís en el Floridita, mujeres que mirar y complejos, un montón de complejos disfrazados de no haber sido quíen

hubiera querido ser. Un poco más tarde *Islas en el Golfo* recogía mejor el Hemingway que en su viejo bote recorría los cayos a la busca de nazis en hilera de invasión. George C. Scott era mucho más Hemingway y Franklin C. Schaffner más volátil con el texto literario.

No se bien porqué uno de mis libros favoritos, *La Isla del Tesoro*, les recomiendo las páginas que le dedica Fernando Savater en ese maravilloso libro que es “La infancia recuperada”, no ha tenido suerte en el cine. Orson Welles persiguió toda su vida el sueño de rodar su versión de la novela que adoraba. Un bosquejo de ello puede verse en una película mediocre, rodada en España, y en la que alguna participación tuvo al respecto, pero apenas puede apreciarse el genio de Orson. Creo que la clave es que nadie de los que se acercan a la novela de Robert Louis Stevenson lo hace bajo dos premisas. Una es seguir fielmente su estructura que es sencillamente genial combinando el carácter iniciático del viaje para el joven protagonista, y el estremecimiento placentero del suspense que supone cualquier viaje y más por mar con la busca de un tesoro enterrado por un filibustero en una isla perdida. La película que más se le aproxima es *Los contrabandistas de Moonfleet*, inspirada en una excepcional novela de John Meade Falkner, que dirigiera magistralmente el maestro Fritz Lang. La costa sur de Inglaterra, los acantilados rocosos, el contrabando con Francia, un tesoro escondido, un niño huérfano, un elegante caballero que no lo es, la ley del Rey, duelos a espada, un cementerio temible como escapado de un relato de Poe, cinemascopio y technicolor. Y un hermoso final con el sacrificado aventurero, casi con en *The Rover*, la novela de Conrad, perdiéndose en un mar escapado de un pincel de Turner. No es posible escribir sobre el mar y el cine e ignorar tantas y tan inolvidables películas de piratas en las que por lo general, ay!, los españoles somos los perdedores de galeones y doblones de a ocho. Piratas y bucaneros y surge inevitablemente el recuerdo de las novelas de Rafael Sabatini y Salgari, la imagen de Errol Flynn y *El Capitán Blood*, y ahora mismo la de Johnny Depp y sus *Piratas del Caribe*, y más allá *El pirata Barbanegra* y esa rareza llena de sensualidad que es *La mujer Pirata* por citar sólo algunas películas de una estimulante y bien poblada lista.

Y ya que hablamos de maltratados españoles lamentar lo poco que el cine patrio ha explorado los terrenos de la Historia, tan rico venero de hechos y gentes. El descubrimiento de América apenas mereció sino una apasionada pero discreta película, *Alba de América*, de uno de los grandes cineastas españoles, Juan de Orduña (los intentos posteriores con ocasión del V Centenario, 1492, más vale olvidarlos aunque estuviera de por medio cineasta tan interesante como Ridley Scott) por no hablar de Magallanes y Elcano y su vuelta al mundo, y nada hay por ejemplo de la jornada trágica de Trafalgar, con figuras tan extraordinarias como Gravina y Churrua pese al texto magistral de Pérez Galdós, y una

magistral película como *Master and Commander*, nos permite no dejar de pensar en Jorge Juan y sus expediciones... y más vale no seguir para no permitir que la rabia deje paso a la melancolía.

Me encantan también las novelas de Patrick O'Brian, que como persona podría ser un fraude pero que como escritor es de primera, y por eso proclamo sin ambages que una de las mejores películas que he visto en mi vida es *Master and Commander*. Ya el comienzo de la película con la caza entre las fragatas, de nuevo los dichosos términos náuticos, británica y la francesa, oscuridad, niebla, te hechiza, como el combate con el valeroso niño guardiamarina herido para siempre te sumerge en el heroísmo y su precio, y de igual manera el retrato psicológico del capitán Jack Aubry, Russell Crowe, y el médico a bordo, inolvidable Paul Bettany, esa pareja unida por la música, separada por las ideas, abrazada en la amistad inquebrantable, se balancea con los combates, los abordajes, las tormentas y los momentos de tedio en la calma de los trópicos. Su director Peter Weir, jamás olvidaré *El año que vivimos peligrosamente*, ha recogido palabras empapadas de salitre y las ha convertido en subyugantes imágenes llenas de vida .

Desde pequeño, me fascinan las películas de submarinos como *Torpedo*, casi todas regidas por un fascinante código de silencios, maniobras evasivas, cargas de profundidad y choques entre la tripulación. Mis favoritas son *A la caza del Octubre rojo*, su director John Mc Tiernan, creo que anda por la cárcel o alrededores al mezclarse en el submundo de detectives privados californianos y ajustes de cuentas, construyó una película llena de vigor e inteligencia fílmica, seca, rápida, concreta, y casi a su altura anda *Marea Roja*, una energética semiversión de *El motín del Caine*, con la amenaza de guerra nuclear al fondo con un combate estelar en todos los campos entre el ordenancista Gene Hackman, perro incluido, y el demócrata Denzel Washington. La partida del submarino hacia su misión se me ha grabado de manera indeleble quizás porque la atmósfera, el clima y la banda sonora se apodera de tus sentidos. Tony Scott con su montaje nervioso y eficaz apenas da respiro a la tensión que acumula la película fotograma a fotograma. Pero les he mentado porque tengo otra película favorita de submarinos, *Operación Pacífico*, una comedia de Blake Edwards encabezada por el gran Cary Grant secundado por Tony Curtis y rodeados de un montón de chicas guapas. El talento de Edwards para la comedia y el renqueante andar del submarino en plena ofensiva del Pacífico en la Segunda Guerra Mundial es una pura delicia. Al hilo de motines cómo no citar un clásico, *Rebelión a bordo*, el que protagonizaron Mr. Fletcher y sus conspiradores amigos de la Bounty, recordando a Clark Gable, Marlon Brando y a Mel Gibson al frente de ese drama histórico que ha dado lugar recientemente a una gran novela escrita por John Boyne y que espero ver en imágenes, quizás en 3-D.

Hay dos películas bélicas que hicieron las delicias de mi infancia y que hace mucho tiempo que no he visto, *Hundid el Bismark* y *La batalla del Río de la Plata* pero dudo que hayan perdido un ápice de su vigor narrativo capaz de anular cualquier competición de diversión en tardes de programa doble en jueves y domingos.

Mi director favorito, John Ford, solía vivir entre película y película en un yate, creo que ahora sí he empleado bien el término, el Araner, y posiblemente a bordo era de los pocos lugares en los que se encontraba, fuera de rodar una película en Monument Valley, medianamente feliz. Ford solía mostrar orgulloso sus galones de Rear Admiral, sus heridas de guerra, fue alcanzado por la metralla japonesa en Midway, y sus conocimientos marinos. Rodó bastantes películas marinas, *Men without Women*, *Submarine Patrol*, permitanme destacar su drama *Hombres intrépidos*, una recolección de relatos de Eugene O'Neill, expresionista y desesperada sobre pobres vidas en un barco de carga en medio de la segunda Guerra Mundial. Pero una de sus cimas fue su vibrante crónica de las lanchas patrulleras de su amigo Johnny Buckley en Filipinas en esos años macarthurianos, titulada significativamente *They Were Expendable*, y last but not least, *Escrito bajo el sol*, de nuevo la vida de otro amigo Frank "Spig" Wead, piloto aéreo de la marina, escritor tras sufrir un accidente doméstico, guionista y finalmente diseñador de logística, miniportaviones en la 2ª GM, pero también la crónica de la desintegración de una familia ante el deber de la milicia y la apasionada vocación por ella. Para Ford la milicia es el hogar del solitario.

De esas tardes de infancia sepultados en la amistosa oscuridad de un cine quedan las imágenes de otro pescador portugués, en esta ocasión maravillosamente encarnado por Spencer Tracy en *Capitanes intrépidos*, una emocionante crónica en la que se alía la pesca del bacalao en el Atlántico Norte y la relación entre ese rudo pescador portugués y un chaval, Freddie Bratholomew, que se abre a la vida de la mano de alguien que acaba convirtiéndose en una figura paternal inolvidable. En nuestra patria recordemos un libro que leíamos en el colegio, *María, matrícula de Bilbao* que se convirtió en una aceptable película en las que nuevamente la navegación y la educación existencial se daban de la mano. Más infancia recuperada en términos esta vez de Julio Verne y sus *20.000 leguas de viaje submarino* con el misterioso y de facto anarquista libertario del Capitán Nemo y su fascinante submarino Nautilus, de nuevo me viene a la memoria la Canción del Pirata de Espronceda. La película de Richard Fleischer, con Kirk Douglas a la cabeza del reparto, un producto de la impecable factoría Disney, era muy eficaz en su intento de dibujar un viaje extraordinario, repleto de desafíos, de aventuras, de peligros; nunca se borrará de la retina de la memoria el ataque de un monstruoso pulpo armado con tentáculos mortales y culpable de que me negara durante años a comer pulpo, un error que ya he remediado con creces.

“Llamadme Ismael“. Así comienza *Moby Dick*, un clásico de la literatura universal escrito por Herman Melville. Una sabia y sofisticada mezcla de efluvios bíblicos, radiografía de las comunidades puritanas descendientes de los tripulantes del *Mayflower* en la Costa Este de Estados Unidos y de la vida de los balleneros con la figura del Capitán Achab y su obsesión por la mortífera ballena Moby Dick. John Huston y Gregory Peck pergeñaron una buena versión de ese clásico cuyas imágenes llevamos en nuestra mente quienes hemos sido atrapados por la hipnótica narración melvilleana.

Ese viaje a lo extraordinario, a las profundidades abismales de la mar, a veces se ha relacionado curiosamente con la inmensidad del universo, con la llegada de los extraterrestres. Dos películas se han ocupado de ello, una, *Esfera*, es de resultados discretos siendo de más interés la novela, obra del difunto y prolífico Michael Crichton, que su plasmación en imágenes. La segunda *Abyss*, obra de James Cameron, anticipa dos de sus más conocidas películas, *Titanic* y *Avatar*. Enorme despliegue técnico de efectos especiales y gran tensión suspensiva a la hora de sumergir al espectador en esas impenetrables profundidades en las que el silencio es opresivo y todo parece marcado por otra dimensión. A Cameron le debemos un superespectáculo que es además un hito en las escuelas de negocios de todo el mundo: *Titanic* o cómo convertir en éxito un desastre financiero. Su apuesta por una historia de amor tradicional, chico pobre y niña bien, junto con un suspense de cerca de dos horas con el buque hundiéndose en las heladas aguas del Atlántico Norte, rinde beneficios por su enorme destreza técnica y su sabiduría a la hora de la inmersión identificatoria del espectador con lo que ocurre en la pantalla. Cameron siguió fielmente las otras dos versiones, más sobrias, la británica y otra creo que bien dirigida, más convencionalmente por Jean Negulesco. Al lado de todo ello películas de fórmula de catástrofe como *La aventura del Poseidón*, versionada muy medianamente hace poco, apenas destacan.

Dejo para el final de una recensión imposible de completar una película insólita pero que me gusta cada vez más: *La fuerza del viento*, obra de un cineasta semidesaparecido, Carroll Ballard. Cuenta de una manera física, emocionante, la preparación de la tripulación norteamericana que intenta recuperar la Copa América perdida por primera vez a manos de un barco australiano. Ballard logra plasmar en sus fotogramas la belleza de las velas sobre el mar, la minuciosa obsesión por la perfección del entrenamiento, el factor humano de la tripulación, el rol del liderazgo y finalmente la exigencia de la competición deportiva. Nuevamente el cine nos permite sentir físicamente el mar al llenarse la pantalla de viento, ruido de velas y jarcias, salitre y salpicaduras de agua, el aroma de la libertad y la inmensidad del mar, que tenemos el mundo en nuestras manos.



Master and Commander



El mundo en sus manos





El halcón del mar



Veinte mil leguas de viaje submarino



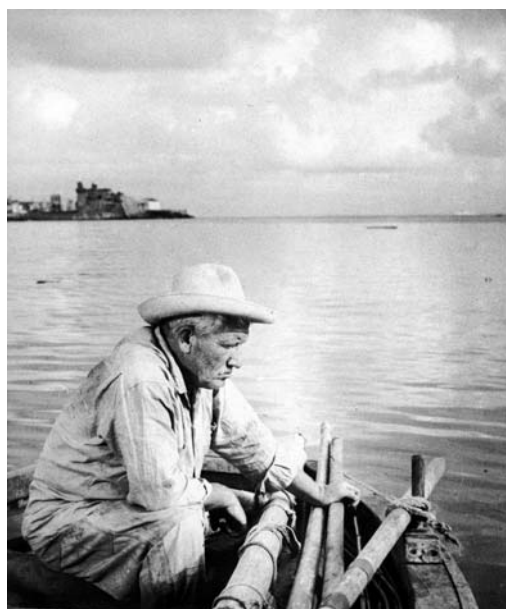
El hidalgo de los mares



Titanic



Calma total



El viejo y el mar



Capitanes intrépidos



Rebelión a bordo. Clark Gable



El Capitán Blood



Piratas del Caribe



Primera Victoria



Escrito bajo el sol



La batalla del Río de la Plata



Alba de América



El Acorazado Potemkin

Fotos cedidas por D. Enrique Alegrete. Archivo de Notorious Ediciones, SL